

CAPITULO X

LAS FIESTAS IMPERIALES FRENTE A LOS RECUERDOS REPUBLICANOS

Mientras Persio y Séneca y Lucano y Pola iban tejiendo poco á poco la oposición republicana frente al triunfo y arraigo de las instituciones dictatoriales y cesaristas, la emperatriz urdía el sudario de su esposo Claudio con el propósito verdaderamente monomáfico de convertirlo en púrpura del propio hijo de sus maternas entrañas, impacientísima ya por colocar á éste sobre la cumbre del mundo para ella ponerse un poco más arriba y servirle de musa y escudo á un mismo tiempo. Había la emperatriz de tal modo preparado y dispuesto para la muerte al emperador, que únicamente faltaba conducirlo al ara como las víctimas al holocausto y rematarlo de un golpe, no dado todavía por las perplejidades que generaban las ondulaciones del incierto Claudio, tan pronto vuelto hacia Nerón como hacia Germánico. Y no marraba en sus cálculos Agripina. Mientras Claudio no mostrase veleidad ninguna de legar el trono á Germánico, importábale poco á la soberbia y taimada que viviese, pues vivía para ella, y que reinase, pues reinaba el cuitado bajo la dirección suprema y absoluta de ella. No pudiendo mandar á rostro descubierto, por oponerse las romanas costumbres, parecíale mejor para instrumento de su imperio indirecto un viejo exhausto que un joven ambicioso. Pero si el viejo se decidía por legar el trono á Británico, educado en el odio á ella, decidíase Agripina

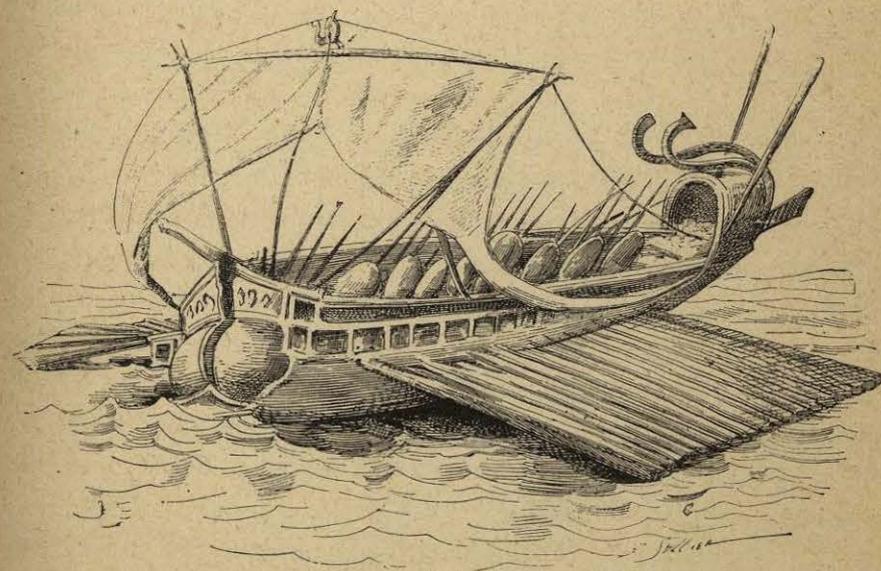
por imperar en representación y nombre de Nerón, á quien jamás imputó, ni por sospecha, la idea de sacudir el yugo materno en su diversión de todos los deberes imperiales y en su apego á todos los ejercicios enervantes. Agripina seguía con sumo empeño todos los propósitos de Claudio y espiaba las menores inclinaciones de su pensamiento y de su voluntad para proceder con él según él procediera con Británico y Nerón. Cuando á éste propendía, lo perdonaba, dejándolo reinar nominalmente; pero así que propendía el infeliz á Británico, levantaba como una furia el puñal Agripina, ó preparaba la mixtura que debía extirpar aquel asomo de voluntad y de conciencia en el esclavo sujeto á la horrible argolla que le había ceñido ella. Claudio se lo recelaba, y por eso ponía esmero grandísimo en burlar la vigilancia de su mujer, tratando de cogerle bien las vueltas y desquitarse allá en su muerte, por medio de un testamento muy meditado, con una venganza que fuese sonadísima y le pagase cuantas le había debido en vida. Así, á una recelosa como Agripina, receloso y medio como Claudio. Por ende no le sacaba una palabra respecto de sus planes la muy avizora, no, á pesar de sus inquisiciones y escudriñamientos continuos en el recóndito espíritu de su esposo. Pero no podían los disimulos llevarse tan lejos que jamás dejase tragaluz alguno abierto á las ajenas miradas, y en algunas ocasiones, muy pocas, pero inevitables, Claudio abría su recatado pensamiento al sondeo profundísimo de Agripina. Y una de estas ocasiones sobrevino en las fiestas dedicadas por el emperador á celebrar logro suyo tan útil como la desecación del célebre lago Fucino, cuyas aguas vertidas en el río Lira y en el río Tíber merced á trabajos hercúleos, saldrían de su estancamiento, que derramaba en los aires fiebres palúdicas, dejando un gran espacio seco muy propio para el trabajo y el cultivo, así como fluyendo en una irrigación provechosa.

Con efecto, los antiguos romanos gustaban mucho del agua interior y exteriormente. No hay sino ver los acueductos ruinosos en todas direcciones por aquella campiña, para cerciorarse de los manantiales, dignos del nombre de ríos, que, transportados desde los montes á los llanos, desaguaban en la Ciudad Eterna. A manera que los buenos bebedores clasifican los toneles en las bodegas, clasificaban aquellos aguados las fuentes en los campos. Monarca hubo

de los primitivos tiempos fabulosos que ha debido su viva realidad y su inextinguible renombre á la conducción de manantiales desde los Apeninos al Foro. El agua de Anco Marcio se vende hoy á gritos en todas las encrucijadas de la ciudad, cual si fuera suave y dulce licor. Pues como Claudio, en su pasión por todos los renombres, aspiraba también al de gran hidráulico, proyectó y ejecutó un acueducto que lleva su apellido y que ha procurado aguas á la ciudad por muchos siglos. Y no se contentó con apagar la sed en ricos manantiales y combatir las enfermedades con benéficos baños dentro de la ciudad; llevó tamaña solicitud al campo y sirvió las necesidades múltiples de los montañeses vecinos á Roma con la desecación del renombradísimo lago, la cual debía cooperar por muy activo modo al mejoramiento de la vida y de la condición romanas. Así Claudio convocó todos los campesinos á esta festividad regocijada del campo. Y les prometió una fiesta naval en medio de los altos montes, superior á las que pudieran darse allá en Parthenope sobre las marinas ondas. Diez y siete mil presidiarios debían degollarse allí unos á otros, como si estuvieran en los combates marítimos empeñados por el Imperio en tantas ocasiones, como si estuvieran en Accio, cuando el choque gigantesco entre Augusto y Antonio. Inútil decir que iría entre los invitados la corte, así como inútil añadir que entre la corte los cuatro enemigos en ella combatientes á la sazón, de un lado Agripina con su cachorro, ya unido á Octavia en matrimonio, y de otro lado Británico junto con el valeroso liberto Narciso, intendente de todos aquellos trabajos desde sus comienzos, y así festejadísimo, á causa de su terminación feliz con grave despecho de Agripina, quien creía que tales festejos ofendían á su persona, desbarataban sus planes y deservían sus intereses. Así nunca estuvo Claudio tan sobre sí, nunca tan recelosa é inquieta la mujer de Claudio, nunca el liberto de Claudio tan dispuesto á coger la ocasión por los cabellos, aprovechando tal fortuna única, para desasirse del victorioso Nerón y recabar para Británico aquello que creía Narciso le tocaba con seguridad al heredero de Claudio y Mesalina por todas las leyes juntas del cielo y de la tierra.

El espectáculo ideado para ver el desprendimiento de las aguas y su paso por los grandes canales, aparecía importantísimo. La po-

blación de Roma y de sus alrededores en las montañas como en circo inmenso; dentro del agua dos escuadras compuestas de gale-



Galeras romanas

ras muy aparejadas para el combate y muy henchidas de gladiadores maravillosamente vestidos, cuyas armas y cuyos trajes relucían al sol y al cielo de Italia; en los montecillos altares cubiertos de

flores y humeantes de aromas; á la orilla el Senado y la nobleza presididos por los príncipes, Británico y Nerón, ya de pretexto como emancipados jóvenes, con su mujer este último, aquél con su liberto, y todos bajo Claudio, vestido con la cota de malla so la púrpura imperial, y bajo Agripina, disfrazada de amazona y luciendo sobre tan ligero traje una clámide asombrosa de oro. Algo lejos, lo bastante para no ser oídos, pero en sitio prominentísimo, veíase todo el grupo de los poetas y de los sabios, que ya conocemos, presididos por Pola, radiante de felicidad y de belleza. Claudio, á quien la presencia del pueblo rey emborrachaba siempre, y de taciturno lo hacía gárrulo, como suele hacer la borrachera con los mejores borrachos, miraba unas veces á su mujer y otras á sus hijos, departiendo con todos de todo en una increíble animación. Pero vano, muy vano de suyo, aquello que le poseía y embargaba en tal sazón, era la serie de reflexiones, muy naturalmente sugeridas por la cima dada con tal empeño y en tanto tiempo á una obra colosal, deseada mil veces por los romanos en la ciudad y por los latinos en el campo, sin que nunca, entre tantas milagrosas como se idearan é hicieran, ésta se hubiese terminado, hasta que la tomó él con tanto empeño y la concluyó con tanta ventura. No le bastaba que los pueblos le aclamasen, que le saludaran los gladiadores, que los hijos del país de los Marsos le bendijesen por el grandioso artefacto; mirábase atónito en el espejo diáfano de su amor propio y se veía como un Dios, en contraposición abierta con todo cuanto dijeran de su capacidad y de sus aptitudes los escritores innumerables que á una le perseguían y le molestaban en todas partes sin descanso, dándole con su imbecilidad en rostro, cual si efectivamente fuese un verdadero estúpido. Pero dejémosle hablar.

—Convén conmigo, Agripina, en que únicamente mi firme voluntad hubiera llevado empresa tan hercúlea de suyo á feliz término.

—Convengo—dijo Agripina, sin saber lo que decía, muy absorta en contemplar las miradas de odio que le asestaba Narciso y en responderle con otras no menos aviesas miradas.

—Como que César lo intentó y no lo hizo—añadió Claudio, ufano de haber excedido en cualquier cosa y negocio al sobrehumano César.

—Ya lo creo—dijo Agripina,—como que Bruto y Casio no le dejaron tiempo, cortando con sus puñales aquella preciosa vida.

—Pues no recuerdes tal cosa tú, Agripina.

—¿Por qué no debo recordarla, cuando se trata del jefe visible de mi familia vilmente asesinado por los adoradores de la República?

—No debieras recordarlo, Agripina, porque hay en tu séquito quien alaba el acto aquel y pone al vulgarísimo Pompeyo y al frío Catón sobre nuestro inmortal antepasado.

—¿Quién?

—Séneca y su sobrino Lucano.

—¿Cuál chismoso te ha referido tamaño cuento?

—No he menester que nadie me lo refiera. No se recatan de decirlo ante todo el mundo. Como que no departen los buenos filósofos entre sí más que acerca de todo eso y no hablan en sus monólogos consigo más que sobre todo eso.

—Achaques de filósofos y de poetas sin trascendencia ninguna.

—Pues mientras malgastan el tiempo en los asuntos contrarios á nuestra familia y á nuestro Imperio, bien pudieran referir que durante once consecutivos años, al pie de tan altos montes, en riberas tan solitarias han trabajado treinta mil hombres á la continua.

—Nadie te niega tal mérito y nadie te regatea tal gloria.

—¿Nadie? Agripina, parece que hayas ayer de mañana llegado á Roma, según te haces la inocente y la desentendida de todo aquello que en Roma sucede.

—Si no acierto yo á enterarme de lo que pasa en Roma, tú no aciertas á enterarte de lo que pasa en palacio.

—¿Cómo?

—Yo ignoraré lo dicho por un poeta sin autoridad é influencia ninguna respecto de nuestro tío muerto; pero Claudio ignora lo que dice un liberto tan poderoso como Narciso respecto de su mujer viva.

—¿Me hablas en impersonal?—preguntó Claudio.

—En impersonal.

—Te tiemblo siempre que hablas así.

— Poco se conoce.

— Pero ven aquí, mujer, ven aquí. Recapacita cuán inoportuno resulta en esta hora solemne y ante un pueblo entero aquí reunido expedir tales malquerencias y dar tamañas quejas.

— Mira, Narciso parece un tigre que atisba y husmea su víctima.

— ¡Agripina!

— ¡Claudio!

— Ten un poco de consideración.

— ¿A qué y á quién?

— A que nos hallamos en una fiesta.

— Bien, ¿y qué?

— Piensa como Narciso ha estado al frente de todos estos trabajos.

— ¡Justo! Y el dinero que allegara en ellos, lo ha esparcido en maniobras y conjuraciones contra tu mujer y contra tu hijo.

— Contra Británico — exclamó Claudio — nunca hizo nada.

— ¿Luego tú crees no tener más hijo que Británico? — preguntó á su esposo Agripina con rugidos de leona calenturienta.

— ¡Ah! — observó Claudio todo asustado. — ¡Ah! Como á Nerón le llamas siempre nuestro hijo y á Británico le llamas siempre hijo mío á secas, creí que aludías á este último, lo creí con toda sinceridad.

— ¡Buena sinceridad la tuya, buena, buena!

— Pero, Agripina, ¿vamos á reñir en presencia del pueblo romano?

— A todo tú das pie, á todo.

— Mira, huélgate, Agripina, con atender á cuanto en esta hora te rodea: la gigantesca naumaquia poblada de naves; los montes oscuros y verdinegros henchidos de muchedumbres que se agitan en todas direcciones; los tablados, semejantes á un teatro, por la parte más bella y más granada de la sociedad convertidos en una especie de Senado; á cada dos pasos, sobre balsas, los milites, en cuyas armas chispea el sol; aquí nosotros envueltos en verdaderas nubes de incienso y parecidos á dioses que reciben de todas partes y de todos los reunidos acatamiento y culto.

— Pero allí, no lejos de nosotros, Narciso, que me hiela con su mirada la sangre.

— Pero ¿qué insana manía le has tomado á Narciso?

— Correspondiente á la que contra mí tiene.

— ¿De dónde te sacas tales sospechas, de dónde?

— De mi larga experiencia.

— ¿Querías que hubiese prescindido yo de su persona?

— Nada se perdiera en prescindir.

— Acuérdate, mujer, de que sin los arrestos de Narciso contra Mesalina jamás fueras emperatriz.

— Pero quitó el Imperio á tal mujer para ponerlo y vincularlo en el hijo de esa mujer.

— Mas, Agripina, ¿qué quieres que haga el cuitadísimo, cuando ve al pobre príncipe tan maltrecho en todas partes y tan abandonado de los suyos?

— ¿Qué dices? ¿También tú participas del vulgar sentir de mis enemigos, que creen á Británico abandonado y maltrecho? ¿También tú ignoras, viéndome cual me ves y tratándome cual me tratas, que Británico encontró en Agripina una segunda madre? Esas son calumnias de Narciso, que penetran hasta en el corazón de mi esposo.

— Agripina, muchos deben oír tu palabra, y aquellos que no puedan oír tu palabra deben mirar tu gesto y creerte malhumorada é iracunda en la hora misma de la mayor fiesta que ha presenciado el Imperio.

— Fiesta para Narciso.

— Pero si él ha dirigido los trabajos, ¿qué había de hacer yo?

— Ha dirigido al Tíber el agua, y á sus cajas el dinero. Así está de rico.

— Era más rico al comenzar los trabajos que ahora.

— Naturalmente, como que ahora dispendia en conspiración cuanto ayer lucrara en cohechos.

— ¿Lo crees conspirador?

— ¡Vaya si lo creo!

— Pues no tienes razón alguna para tal creencia. El que sea de mi Británico devoto, no quiere decir que sea de tu persona enemigo.

— Pero ¡cuán pronto se olvidan los hechos y pasan las cosas!

— ¿Por qué tal dices?

— Porque ayer mismo en asambleas de ministros y embajadores Británico ha insultado á tu esposa por sugerencias de Narciso, y aún te atreves á decir que no conspira éste. ¿Has olvidado los discursos de tus hijos?

— Británico habló por hablar, á roso y belloso verdaderamente, sin saber lo que decía, como un muchacho que se queja y plañe de no tener una pala ó una pelota ó cualquier otro divertimento, pues también la juventud goza, como la infancia, con sus juguetes.

— ¡Oh! El juguete que de menos echaba en aquel momento era la corona.

— No seas maliciosa y suspicaz aun respecto de aquellos que no han salido del estado de inocencia; no seas, no, maliciosa.

— ¿Maliciosa? Lo que soy experta y bien experta.

— Pues no lo eres tanto como te figuras.

— ¿Qué me dices? ¡Objeciones á mí! Cualquiera diría que te soltaba la lengua el aire de la montaña.

— Buscas una conspiración lejos, y encuentras la que cerca, muy cerca, tienes de ti.

— ¡Yo!

— Tú.

— No desvaríes.

— La conspiración de Séneca.

— ¿Todavía piensas en eso?

— ¡Vaya si pienso!

— Con que un poco de atención le prestaras, verías cuán pronto estabas al cabo de que maquinan todos á una, el poeta Lucano, el satírico Persio, el filosofastro Séneca y hasta la tierna Pola, su musa, una grande conjuración implacable contra los emperadores y el Imperio. He ahí algo más temible que las inocentadas de Británico y las garrulidades del pobre liberto.

— Prendado estás de tu hijo, y no digamos nada de tu liberto.

— Mira, dejemos estas cosas, y veamos el espectáculo.

— Soberbio en efecto — exclamó Agripina.

— Como que hay reunidos veinte mil hombres para que unos á otros se degüellen sobre las aguas y pueda ver el pueblo rey este maravilloso espectáculo.

— Ya se acercan, Claudio — dijo Agripina, sintiendo, al verlos

llegar, uno de los escalofríos por cuyos sacudimientos la humanidad se revela de suyo hasta en los espíritus más perversos.

En efecto, cerca de veinte mil hombres, jóvenes, robustos, rebosantes de vida, que la potestad imperial había sacado de todas las cárceles y constreñido al trabajo forzoso en los Abruzos, con los grilletes al tobillo y las esposas al brazo, recibían por premio de sus esfuerzos y por término de sus fatigas una muerte violenta inferida en los torbellinos de cruentísimo combate, por sus propias manos, entre sí, á una orden del César, ufanísimo con granjearle tamaño espectáculo y festejo de suyo tan espléndido al pueblo, sobre quien reinaba como un gran delegado por medio de tácitos mas verdaderos poderes. Unos habían dorado á los leones las uñas y les habían teñido las guedejas de púrpura; otros habían lanzado desde las copas de árboles tropicales trasplantados el tigre de piel áurea, veteadas por líneas tan lustrosas como cintas de raso negro, sobre los cuellos de las jirafas y de las gacelas; compañías de gigantescos elefantes habían luchado, empleando sus trompas, sobre las arenas del circo, y legiones de gladiadores se habían abierto con sus respectivos puñales y espadas los vientres, ó dádose por fuerza y necesidad de pasto á los brutos carniceros en fiestas dignas de caníbales. Pero un tan extraordinario número de gente, aparejada con antelación á la muerte, no se había visto hasta entonces. Iban al matadero como las reses; pero con una diferencia de las reses, pues mientras ignoran éstas su destino y suerte, sabían ellos la hora y el sitio en que debían dejar el mundo y cerrar para siempre sus ojos al cielo espléndido y á la diurna lumbre, hasta despojarse del calor de la vida, tanto más amable á todas las especies animadas cuanto más cerca se hallan de perderla. El pueblo se gozaba con aquella batalla fingida, en que únicamente había de real y cierto la catástrofe, ó sea la inmolación y sacrificio de los unos por los otros, quienes debían matarse sin aborrecerse, ignorando hasta el motivo de la furia que sentían, desplegada con todo el horror de nuestras malas pasiones, únicamente para divertir á los esclavos señores del mundo. Imaginaos, teniendo que matarse unos á otros sin aborrecerse, cómo se acercarían todos en tropel delante de la grada, en que campeaban los Césares, cuyos mandatos los requerían á exterminarse mutuamente y los empujaban al abismo insondable de la misteriosa

eternidad, tan repulsivo para criaturas deseosas de conservar á cualquier precio la vida. Pero tal es la fatalidad que reina sobre nuestro pobre mundo: aquellas gentes, poseedoras de cuarenta mil armas puestas sobre su cuerpo, y que con sólo quererlo hubieran podido exterminar á sus exterminadores, dirigíanse al carnicero, que tenía en sus manos el cuchillo de la inmolación y en sus labios la sentencia de muerte, aclamándole con aclamaciones fragorosas, próximos al supremo último trance y por lo mismo ajenos á todo cuanto en rededor suyo pasaba. Así dijeron:

— ¡Buenos días, César! — en clamor estruendoso.

— ¡Salud! — les dijo Claudio.

— ¿Salud ha dicho? — preguntaron los unos á los otros después de haber oído tal palabra.

— ¡Sí, sí! Ha dicho salud.

— ¡Pues entonces — exclamaron algunos corifeos, — nos ha perdonado!

— ¡Sí, sí! Os ha perdonado — dijeron á gritos los grupos que circuían en el espectáculo á Séneca y á Lucano.

— ¡Perdonados! ¡perdonados! — gritaron los cuitadísimos con alegría que no se puede comprender sino por quienes, hallándose al borde obscuro del sepulcro, recobran la luz y la vida.

— ¡Echemos nuestras armas! — dijeron algunos de los condenados, desasiéndose de las que llevaban.

— ¡Echémoslas!

Y apenas lo habían dicho cuando lo habían hecho, rodando sus armas por el suelo.

— ¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿Los ha perdonado? ¿Los ha perdonado? ¿Los ha perdonado? — preguntábanse unos á otros con suma extrañeza los plebeyos romanos, cual si no viesen lo que sucedía y necesitaran confirmarlo por aquellos que se hallaban cerca, más confiados en las ajenas voces que en los propios ojos.

— ¡Sí, sí! — decían los más.

— ¡Abacémonos! — exclamaban los gladiadores casi redivivos tras haber estado tan cerca de la muerte.

Y se abrazaban unos á otros con transportes de júbilo, muy gozosos de haber escapado á la triste necesidad de matarse sin aborrecerse y cumpliendo superiores mandatos imperiales.

— ¡Cómo! ¿Con que no se matan? — preguntaban los de un lado á los de otro.

— No se matan — decían muchos.

— ¿Y para eso nos han llamado y reunido? — vociferaban en voz alta los más empeñados en presenciar la fiesta.

— ¡No les tengamos compasión! ¡Azucémoslos, azucémoslos!

— ¡Al combate, al combate! — gritaban muchísimos en tono feroz y á compás.

— ¿Y nos han hecho venir de Roma para esto? — clamaban unos.

— ¡Nos han engañado! — añadían otros.

— ¡Que luchen y mueran! — gritaban los más.

— ¡El César nos ha perdonado! — decían las aparejadas víctimas.

— ¡Y nosotros, que nunca gozamos de tales fiestas, cuando tenemos á la vista una se nos desvanece como un sueño! — exclamaban los campesinos.

— ¡Al combate, al combate! — gritaba el pueblo anheloso, con las narices abiertas en demanda del hedor sanguíneo que despiden estas cruentísimas luchas.

— Si no se matan ellos — dijo Agripina verdaderamente aterrada, — si no se matan ellos en presencia del pueblo, nos mata el pueblo á nosotros, nos mata.

— ¡Degüéllalos! — decía Nerón á Claudio, no obstante hallarse allí cerca su joven esposa Octavia y no lejos su joven querida, la predilecta y feliz Acté.

— ¡Perdónalos! — decía Británico, dirigiéndose á su padre con las manos juntas y los ojos arrasados de lágrimas.

— Si los perdono á ellos, me asesina el pueblo á mí — contestaba Claudio.

— ¡Perdónalos, que bien lo merecen — decía Narciso — por lo mucho que han trabajado y padecido en la colosal empresa!

— Mira, Claudio, ¿puede la traición verse más potente? — preguntaba la implacable Agripina.

— ¿Cómo? — preguntaba Claudio muy distraído de la conversación y muy absorto en aquel tremendo incidente. — ¿Cómo?

— ¿No lo ves? — decíale su mujer.

— No veo nada — respondía él.

— No ves tú aquello que no quieres ver — decíale Agripina.

— Como tú lo echas todo á mala parte — replicaba Claudio, — yo tengo que echarlo todo á buena. Nada malo veo en la natural compasión de Narciso por esos desdichados, que los ha comandado mucho tiempo, y menos todavía en la compasión de Británico, que se interesa por todo el mundo.

— Lo que quieren ellos es que aquí nos maten á ti, á Nerón, á mí, sobre todo, y alzarse con el Imperio.

— No seas malpensada — dijo Claudio.

— Tú serás muy bien hablado; pero so tu silencio, so tu indiferencia, so tu sonrisa, ocúltase un grandísimo malpensado, tan malpensado como yo misma.

— ¡Pronto al combate, á la muerte! — gritaban los espectadores con furor, ahogando los gritos y clamores de aquellos que pedían con anhelo gracia.

— Degüella — decía Nerón á Claudio, — degüella los rebeldes, y ten por cierto que un holocausto de tales víctimas ofrecido á nuestros dioses renovará los tiempos evocados por Homero, en que sobre las aras yacían humanas víctimas aceptas al Olimpo.

— ¡Déjame! — díjole Claudio irritado.

— ¡Con qué despego habla Claudio á Nerón y con qué amor á Británico! ¡Ya es hora de tomar una resolución extrema! — y rechinaba los dientes al decir esto Agripina.

— ¡Gladiadores! — exclamó Claudio, echándose personalmente con arrojo entre las huestes encrespadas como un marino que se arrojase al mar alterado. — ¡Gladiadores, no tenéis más remedio que combatir y perecer! Si yo estuviera solo, ya os hallaríais libres y sueltos.

— ¡Viva Claudio! ¡Viva Claudio! ¡Viva Claudio! — gritaban desahoradamente los infelices.

— ¡El pueblo manda en todo nuestro Lacio más que vuestro emperador! ¡El pueblo entero sin excepción os condenó á muerte!

— ¡Muera, muera el pueblo! — gritaban los gladiadores.

— ¡Matadlos, matadlos! — gritaba el pueblo.

— ¡Creedme! ¡Combatid, combatid! — decíales Claudio, yendo de uno á otro grupo y saltando de una en otra barca.

— ¡Combatid! — les decía Narciso, que se lanzaba con el emperador al peligro.

— Mira, Nerón — decía en su desconfiado natural á su hijo la emperatriz, — mira; Narciso manda más que Claudio, vale más que Claudio, puede más que Claudio.

— Pero, madre mía, cuando te presentas tú, lo borras todo en el ánimo de Claudio, como la luna llena borra los astros que se han aprovechado del crepúsculo y sus sombras para brillar un minuto en lo infinito. No estés recelosa.

— ¿Qué fuera de ti, Nerón, qué fuera sin Agripina?

— Ya lo sé. Por lo mismo que tu poder es tan grande, no debes temer á ningún otro ni recelar de nadie.

— ¡Gladiadores! — decía Claudio, — ¡gladiadores, si peleáis, podéis todavía salvaros algunos; si resistís, moriréis todos! Algunas voces siniestras piden que os descabece sin excepción de uno solo si persistís en vuestra insensata resistencia. Cuando la curiosidad insana del pueblo rey esté satisfecha, yo suspenderé la matanza, y los que mueran habrán redimido á todos; pero si decretamos el holocausto á las divinidades, creedme, no escaparéis uno solo.

— ¡Que mueran! — gritaba el pueblo. — ¡Que mueran!

— ¡Obedeced al emperador! Obedeciéndole, os perdéis algunos; desobedeciéndole, os perdéis todos.

— Tras el espectáculo, á los sobrevivientes — decía Claudio — les daré libertad y dinero.

— Pero ¿quiénes serán los sobrevivientes? — se preguntaban con ansiedad los unos á los otros, condenados todos á muerte.

— ¡Obedeced, obedeced! — les decía Narciso, corriendo de grupo en grupo y hablando con todos los corifeos.

— ¡Obedezcamos! — dijeron por fin rendidos á la influencia ejercida sobre sus ánimos por aquellos á quienes consideraban sus dueños.

En pocos momentos el combate se dilató por todas partes. Los mismos que minutos antes no querían pelear, abalanzábanse unos contra otros, como si toda la vida se hubieran aborrecido de muerte y se hubieran buscado para matarse. De pronto reinó un silencio profundísimo. Después el son de las armas estalló como un trueno fragoroso. Tras el son de las armas, al apercibirse para combatir, vino el cruce de las armas comenzando el combate. Siguió á este rumor estridente un resuello parecido al que dan los volcanes cuan-